

Un Emperador, Además de 39 Pdtes. Tuvo E. U.

Un emperador reinó en Estados Unidos durante más de un cuarto de siglo. Todos los Presidentes norteamericanos están siendo ahora evocados en algunas revistas, con motivo de las elecciones para titular de la Casa Blanca, que se celebrarán en noviembre próximo. Pero hay que recordar también que, además de esa casi cuarentena de primeros mandatarios, hubo en el siglo XIX un emperador norteamericano, Norton I, que siempre gozó de la adhesión popular y del aprecio de las autoridades, y a quien se debe la idea de construir el famoso puente de la Bahía de San Francisco, de California, monumento tan característico de aquel país.

En plena fiebre del oro llegó a dicha ciudad californiana, el 23 de noviembre de 1849, un judío nacido en Londres el 4 de febrero de 1819 (tenía, pues, treinta años) y llamado Joshua Abraham Norton. Procedía de Río de Janeiro e hizo el viaje, de 101 días de duración, a bordo de la goleta "Franziska". Pero aquel hombre, que antes de en Brasil había estado con su padre en África del Sur, dedicado a la agricultura y a la venta de viveres y de efectos navales a barcos, no pretendía acumular oro en California, buscándolo de manera directa con penoso esfuerzo físico. Su intención era que, más cómodamente, ingresase en su propia bolsa el oro que encontraban los afanosos buscadores.

DOS INCENDIOS DEVASTADORES

A tal fin, aprovechando aquel ambiente de fácil riqueza y que la población de San Francisco subió rápidamente de 20.000 a 90.000 habitantes, aventuró en la especulación 40.000 dólares que inicialmente poseía. Compró y vendió varios terrenos, casas y minas. Instaló luego un almacén donde vendía, principalmente, carne de buey, ladrillos y carbón; negocio que desapareció en mayo de 1851, en el incendio que durante diez horas destruyó la zona comercial de la ciudad. Algo trastornado mentalmente por aquella pérdida, volvió a establecerse Norton con un negocio de arroz, harina, café, té y carbón, que asimismo fue pasto de las llamas a finales de 1853 y que aún deterioró más la razón del emprendedor judío.

Vagó como un fantasma durante varias semanas, hasta que un buen día decidió proclamarse a sí mismo emperador de Estados Unidos. Mandó imprimir manifiestos en los que comunicaba al pueblo norteamericano tal proclamación, que los periódicos publicaron destacadamente, así como algunas entrevistas con Norton I.

PERROS Y NIÑOS

Circulaba por las calles ataviado con casaca azul de charreteras doradas; sombrero bicorneo con escarapela y rizada pluma verde, y un sable de caballería que en los días lluviosos sustituía por un paraguas de larga empuñadura. A ambos

lados llevaba a sus dos hermosos perros pastores, "Bummer" y "Lazarus". Numerosos niños le seguían siempre con curiosidad, admiración y respeto. En primavera llevaba una rosa en el ojal, cerca del pañuelo varipinto que como una explosión colorista brotaba de su bolsillo de pecho.

Eran muy leídos los mensajes que con el nombre de "instrucciones" publicaba Norton I. Dirigió varios al Presidente Lincoln, quien a veces le daba afectuosa respuesta. En otros de esos mensajes urgía a sus súbditos el pago de tributos a la Casa Imperial, tributos que, claro está, nunca exigía coactivamente, pero que bastantes personas pagaban de manera espontánea y gustosa. Y gracias a esta paradoja de los "impuestos voluntarios" subsistía el emperador.

SENADOR A DEDO

En otra ocasión, para hacerse con fondos, ya que la tesorería imperial se encontraba a falta de liquidez, como dicen ahora los financieros, emitió bonos o billetes con su efígie y firma, que tuvieron pronta aceptación pública, y algunos de los cuales conservan hoy todavía en Estados Unidos curiosos coleccionistas. Cuando le hacía falta uniforme nuevo, Norton I publicaba un anuncio en tal sentido en los periódicos, y no tardaban en aparecer generosos donantes — a veces, incluso las autoridades de San Francisco —, que satisfacían esa necesidad imperial de digna y apropiada indumentaria.

Los políticos pedían apoyo a Norton, pues conocían su influencia popular y le trataban como a personaje de alto rango. Tenía asiento de honor en las dos cámaras del Estado de California y se le invitaba a todos los mítines políticos. En uno de estos actos, en el que un aspirante a senador se hacía la propaganda, Norton I interrumpió al orador diciéndole que no se molestase más en convencer a los electores, pues él, como emperador de los Estados Unidos, le nombraba senador en aquel mismo momento. Por supuesto, no tenía validez aquel decreto verbal, pero los electores, sugestionados por la decisión del querido y respetado Norton, votaron unánimemente a dicho candidato, confirmando así legítimamente el imperial nombramiento a dedo.

CORREO CON EUROPA

En cambio, no le hizo ningún caso el general Grant, a quien dirigió un mensaje, una "instrucción", prohibiéndole aspirar a la Presidencia de los Estados Unidos. Otro de sus mensajes, conteniendo entusiastas elogios para las exploraciones científicas, tenía por destinataria a la opinión pública y pedía la cooperación de todos para una expedición que buscase en el Artículo al explorador Franklin, allí perdido. La esposa de Franklin había solicitado ayuda a Joshua Norton en la seguridad de

que sólo él podría lograr, como en efecto lo consiguió, poner en marcha una expedición de búsqueda y salvamento de Franklin y sus compañeros de infortunio.

El emperador de Estados Unidos negaba ser judío y se decía pariente más o menos próximo de los reyes europeos, a los que escribía cartas, así como a estadistas de varios países, que en ocasiones le contestaban, como hicieron la reina Victoria de Inglaterra, el zar Alejandro II de Rusia, León Gambetta y Otto Bismarck.

PRIMOS IMPERIALES

En una brillante recepción en honor de Pedro II, emperador del Brasil, ofrecida por la Universidad norteamericana de Berkeley, los dos emperadores mantuvieron una breve pero cordial charla, llamándose mutuamente primos, como acostumbra a llamarse entre sí los jefes de las dinastías reinantes. Norton era visitante asiduo de dicha Universidad, donde solían pasar revista a los estudiantes, que muy gustosamente se prestaban a ello y que le invistieron con atributos académicos de doctor.

Esta fama y veneración que logró Norton dieron pie para que le saliesen competidores, como un tal que se parecía bastante a George Washington y se hacía llamar Washington II, y otro vividor que se autodenominaba "El Gran Desconocido" y que imitaba muy bien a Napoleón

Bonaparte, con quien tenía gran semejanza física.

CONDENA A LOS REBELDES

Un incidente entre Norton y la compañía ferroviaria Central Pacific se zanjó dando esa empresa toda clase de disculpas al emperador y ofreciéndole un pase vitalicio de libre circulación en todos los trenes y también de disfrute gratuito de sus servicios de restaurante, ya que había comenzado la discusión al negarse Norton I a pagar cierta copiosa consumición suya en un vagón-comedor de la expresada compañía.

Algo semejante le ocurrió con la Compañía Fluvial, por haberse embarcado sin pago de pasaje. Al descender a tierra, el emperador promulgó el siguiente decreto: "Nos, Norton I, Emperador de los Estados Unidos de América, disponemos que la Compañía Fluvial no preste desde ahora servicio, por habernos negado pasaje franco hasta Sacramento. El barco "Shubric" hará efectiva esta orden nuestra hasta que los rebeldes cedan en su irrespetuosa actitud". Y los "rebeldes" no tardaron en ceder. Pronto enviaron una carta de excusa al emperador, acompañada de un pasaje perpetuo para cualquier viaje y cualquier barco de la entidad.

EL ULTIMO MENSAJE

En otro de sus muy difundidos

El popular Norton I se proclamó a sí mismo y obtuvo acatamiento general.

Vestía ostentoso uniforme, exigía "impuestos voluntarios" y legislaba mediante "instrucciones".

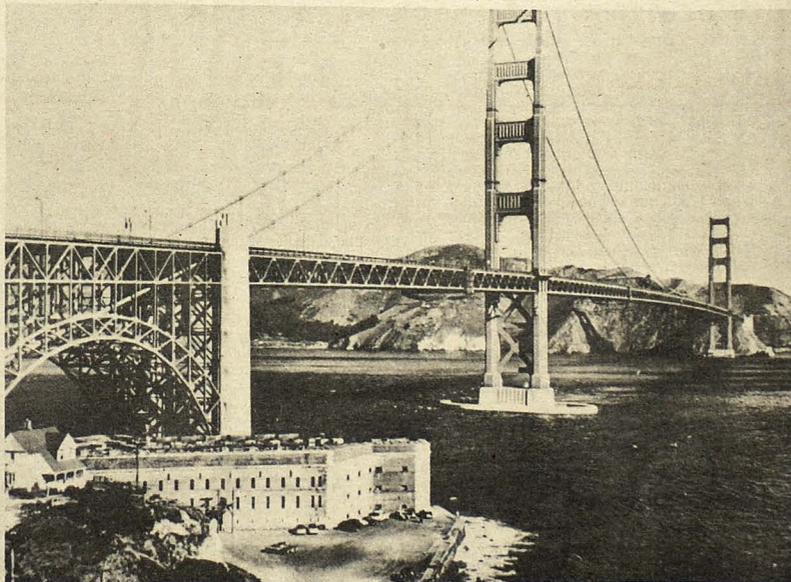
Emitió papel moneda y jamás pagaba sus comidas y viajes.

Judío inglés, negaba su raza y se decía pariente de los reyes europeos.

Se enriqueció en California cuando la fiebre del oro, pero no como minero, sino de comerciante.

Iniciativa suya fue el grandioso puente colgante sobre la Bahía de San Francisco.

Por Pedro Monasterio, de EFE.



Al ser inaugurado en 1937 el grandioso Golden Gate, en San Francisco, que con sus 1280 metros de luz era entonces el puente colgante más largo del mundo, se reconoció el acierto y la cordura de la vieja propuesta de Norton.